

Alfredo Zalce

Augusto Isla



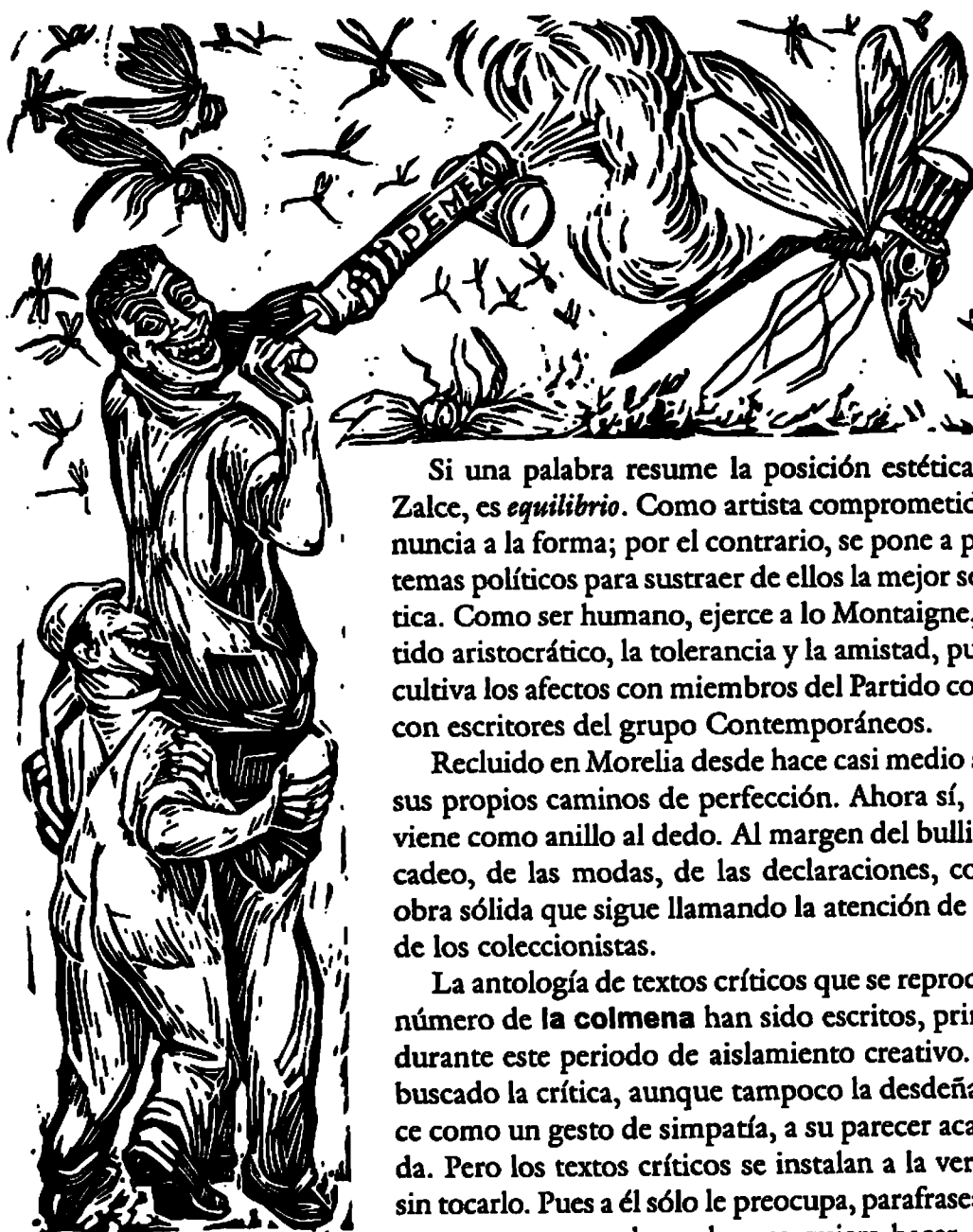
ninguna obra de arte nueva tiene sentido por sí misma. Sólo la comprendemos y estimamos en sus relaciones con los muertos y con los vivos, quiero decir, con una tradición y en el contexto de una búsqueda común con quienes se comparte un sentimiento de vida.

Alfredo Zalce, nacido en Pátzcuaro (1908), estudia en la Academia de San Carlos en la segunda mitad de los años veintes. Sus mejores recuerdos de ella se sitúan en las enseñanzas de Germán Gedovius, un honesto pintor académico que alentó su vocación, y en las de Leandro Izaguirre en quien apreció el talento para dibujar y, al propio tiempo, su honda decepción como si en él encarnara un orden exhausto.

Para nuestro artista, la academia estaba, pues, en el principio, pero había que despojarse de sus paradigmas agónicos. Zalce se plantea la necesidad de un cambio, pero sin estridencias, agradecido con esa progenitura. Su búsqueda no fue solitaria ni podía serlo. En aquel México convulsionado, la compartió con otros jóvenes como Julio Castellanos y Rufino Tamayo. Esa aventura común es lo que llama Ernst Gombrich “autotrascendencia”. El crítico alemán cita a Van Gogh como ejemplo de ese sentir; pues lo que se propone aquel genio, no es el producto de un antojo personal sino el propósito de un artista que enfrenta con otros el desafío de resolver problemas diferentes a los que se enfrentaba la generación anterior. A esto podría redu-

cirse eso que, con ambigüedad, llamamos “escuela mexicana”, a la que, histórica y estéticamente, pertenece la obra de Alfredo Zalce, sin que esto signifique quitarle un ápice a su personalidad creadora. Pues ya por su lenguaje plástico, ya por su curiosidad para explorar las más diversas técnicas, resulta ser un artista único en nuestro siglo mexicano: es pintor, escultor, grabador, ceramista, orfebre.

El gran desafío de este artista michoacano ha sido y es expresar su emoción lírica en el idioma plástico de sus días: ser moderno, en otras palabras, ser libre. Un realismo poético, se quiere, anima su obra. A tal modo de concebir su oficio, ha sido fiel, aún en aquellos momentos en que su compromiso social —llamémoslo así— lo llevó a participar, como artista, en agrupaciones como la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y, más tarde, el Taller de la Gráfica Popular.



Si una palabra resume la posición estética y moral de Zalce, es *equilibrio*. Como artista comprometido, nunca renuncia a la forma; por el contrario, se pone a prueba en los temas políticos para sustraer de ellos la mejor solución plástica. Como ser humano, ejerce a lo Montaigne, con un sentido aristocrático, la tolerancia y la amistad, pues lo mismo cultiva los afectos con miembros del Partido comunista que con escritores del grupo Contemporáneos.

Recluido en Morelia desde hace casi medio siglo, indaga sus propios caminos de perfección. Ahora sí, la soledad le viene como anillo al dedo. Al margen del bullicio, del mercadeo, de las modas, de las declaraciones, construye una obra sólida que sigue llamando la atención de los críticos y de los coleccionistas.

La antología de textos críticos que se reproducen en este número de la *colmena* han sido escritos, principalmente, durante este periodo de aislamiento creativo. Zalce no ha buscado la crítica, aunque tampoco la desdeña. La agradece como un gesto de simpatía, a su parecer acaso inmerecida. Pero los textos críticos se instalan a la vera de su casa, sin tocarlo. Pues a él sólo le preocupa, parafraseando a Alain, ese momento en el que lo que quiere hacer, se encuentra superado por lo hecho y surge el arte, única razón de su existir. ○



UNA RESPIRACIÓN lineal preciosa, una sangre color de poesía son los dones visibles de este joven dibujante Alfredo Zalce. Yo os invito a ver sus dibujos en que la realidad cotidiana ha sido naturalmente sustituida por una realidad no menos verdadera y más contagiosa e intensa. Yo os invito a oír sus dibujos en que las personas y las cosas parecen deslizarse y respirar, produciendo el único ruido digno de percibirse; el ruido que hace el silencio. Inventar en vez de transcribir: hacer, en vez de repetir, son los deberes y también los goces únicos del poeta, del artista. Ahora que la mayoría de los pintores y dibujantes de todo el mundo parecen conformarse con la repetición del modelo exterior: la mujer, el hombre y el niño sentados; o el grupo de hombres, mujeres y niños, donde nada pasa, asistir a ese conflicto inesperado de realidades que Agustín Lazo y, hoy, Alfredo Zalce, entre los artistas mexicanos, hacen aparecer en sus acuarelas el primero, en sus litografías el segundo, equivale a encontrar una vena de agua en la aridez de un desierto.

XAVIER VILLAUURUTIA